



ENERO - 2026 - N°198



Adoradores

**Revista de espiritualidad,
información y promoción
Eucarística.**

**Chicos Adoradores
Nueva y divertida sección
para niños y jóvenes. P 19**

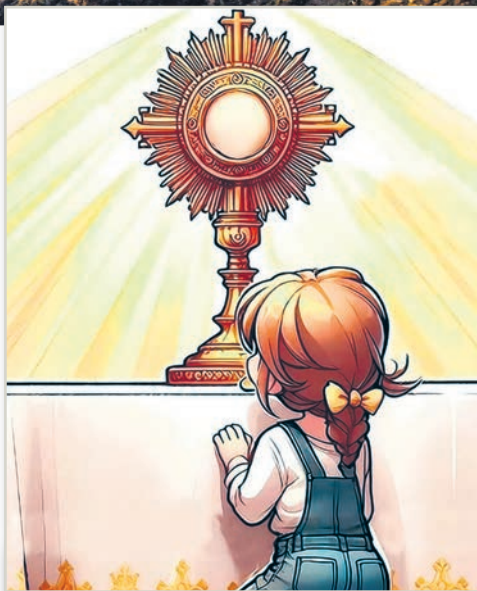
Delicados con Cristo:

Debemos aborrecer todo aquello que ofende a Dios. Los santos veían hasta los átomos y nosotros no vemos ni las montañas. Pag 12 y 13



¿Tú crees en el Hijo de Dios?:

¡Tengo que hacer esa pregunta a tantos y tantas veces! Págs 16 a 18



Los niños y la Eucaristía:

Nueva sección para incentivar el amor eucarístico en los más pequeños. 19 a 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Lo que los Magos vieron en el Pesebre

Allí, no aparecía en Él ningún signo de su poder;
mas le ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad.

Cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no lo vieron expulsando a los demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos, curando a los cojos, dando la facultad de hablar a los mudos, o en cualquier otro acto que revelaba su poder divino; sino que vieron a un niño que guardaba silencio, tranquilo, confiado a los cuidados de su madre. No aparecía en él ningún signo de su poder; mas le ofreció la vista de un gran espectáculo: su humildad. Por eso, el espectáculo de este santo Niño, al cual se había unido Dios, el Hijo de Dios, presentaba a sus miradas una enseñanza que más tarde debía ser proclamada a los oídos, y lo que no profería aún el sonido de su voz, el simple hecho de verle hacía ya que El enseñaba. Toda la victoria del Salvador, que ha subyugado al diablo y

al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad. Ha inaugurado en la persecución sus días señalados, y también los ha terminado en la persecución. Al Niño no le ha faltado el sufrimiento, y al que había sido llamado a sufrir no le ha faltado la dulzura de la infancia, pues el Unigénito de Dios ha aceptado, por la sola humillación de su majestad, nacer voluntariamente hombre y poder ser muerto por los hombres.

Cristo ama la infancia, que El mismo ha vivido al principio en su alma y en cuerpo. Cristo ama la infancia, maestra de humildad, regla de inocencia, modelo de dulzura. Cristo ama la infancia; hacia ella orienta las costumbres de los mayores, hacia ella conduce a la ancianidad. A los que eleva al reino eterno los atrae a su propio ejemplo. (San León Magno, papa)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



ADORADORES

Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



Purificarse

“¿Estamos en estado de gracia? [...] ¿Vivimos? Porque a esto se reduce todo”.

Continuemos reflexionando con san Pedro J. Eymard.

El fin más importante y esencial de los ejercicios espirituales es examinar el estado de la conciencia para purificarla, y estudiar los motivos, ocasiones y frecuencia de las caídas para aplicar el oportuno remedio.

Examinémonos

¿Estamos en estado de gracia? ¿Lo estamos habitualmente? ¿Vivimos? Porque a esto se reduce todo. Averigüemos en qué grado de la vida o de la muerte nos encontramos, si cometemos, y en qué, por qué y cómo, pecados mortales o veniales y sobre qué recaen las imperfecciones más frecuentes.

La triple concupiscencia

No es imposible que nos encontremos con la conciencia mortalmente culpable. Espero que no será así, pero, mientras estamos en la tierra, nos vemos expuestos a caer en tan triste estado. Nunca nos faltará la triple concupiscencia que encarnizadamente nos combata para hacer caer. Hasta el último aliento seguiremos sintiendo la guerra que dentro de nosotros se libran los dos hombres, pues el hombre



carnal no aceptará nunca el dominio del espiritual, y si éste no se mantiene a viva fuerza con la guerra, será necesariamente subyugado por el otro. Querámoslo o no, esta guerra durará lo que nuestra existencia, y es tanto más dificultosa cuanto que se hace en nosotros y por nosotros. Por dondequiera la llevamos, y es continuo el peligro de sucumbir. ¡Oh! Bien comprendo que exclamará san Pablo: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom 7, 24).

El demonio no descansa

Por otra parte, ¿no está ahí el demonio que nos tienta y sin nunca cansarse nos persigue, y con tanto mayor saña por cierto cuanto más nos aproximamos a Dios? Y es cosa que se comprende, porque los ladrones no atacan a los mendigos y en la guerra se apunta a los jefes. Como quiera que nosotros estemos más cerca de Jesús, no pudiendo tocar al Señor, contra nosotros



ADORADORES



“El corazón carnal no ama a Dios, sino tan solo a sí mismo. [...] Es un animal inmundo que se deleita revolcándose en el cieno”.

vuelve el demonio su rabia haciendo lo posible para que cuando menos sirvamos mal a Jesús, ya que no pueda separarnos de El por completo.

Fuertes tentaciones

De ahí que se tenga, cuando uno lleva una fuerte vida eucarística tentaciones antes desconocidas, tentaciones más largas, terribles y abominables, e incluso a los pies del santísimo Sacramento. Así, con ustedes mismos y el demonio que contra ustedes obra, no les falta manera de ser tentados, y hay ocasiones bastantes para caer.

El hombre natural

¿Por ventura no los sigue la imaginación con sus recuerdos? ¿No los

persigue el hombre natural vendido a la iniquidad? Pero yo tengo fe (dirán acaso). Ya puede ser, pero no el hombre natural. El corazón carnal no ama a Dios, sino tan solo a sí mismo. ¿Creen que el cuerpo ama la mortificación? Es un animal que a derecha e izquierda no ve más que lo que apetece arrojándose a ello continuamente y volviendo a lo mismo por más golpes que reciba. Es un animal inmundo que se deleita revolcándose en el cieno: “La puerca lavada vuelve a revolcarse en cieno, o, un perro que vuelve a su vómito” (2Pe 2, 22). ¡Qué lástima tener un cuerpo de bruto con alma de ángel hecha para Dios! Pero tal es la condición presente, pues hijos de Adán y pecador somos todos.

El mundo

Otra ocasión de pecado es el mundo. Y por más que uno lo dejase, se le ve demasiado aun cuando no se le vea. No ciertamente el mundo escandaloso; pero el mundo, como quiera que sea, tiene siempre sus peligros. Yo les aseguro que los mismos ángeles serían ocasión de tentación si se mostraran visiblemente. ¡Es lástima, pero es así! La causa de todo ello es nuestra perversa naturaleza, que todo lo corrompe. No se atreve uno a creer, por lo que espanta, cuán fácil es pecar aun con las criaturas más inocentes. Pero esto no tiene nada de extraño, cuando se ve que los ángeles pecaron en el cielo, en presencia de Dios, y Adán en el paraíso terrenal.



“¡Humíllense, por Dios, en su propio barro, que cosa más baja y despreciable que ustedes no la hay!”.

Contra nosotros

Donde sea que vayamos, si no huimos de nuestro propio egocentrismo siempre tendremos el enemigo en casa.

Comprendo muy bien que ciertos santos huyeran al desierto y que otros vayan a encerrarse en un monasterio para escapar de los peligros del mundo. Sin embargo, no se vaya a creer que todo esté acabado con huir, porque la inclinación a pecar nos sigue a todas partes.

La voluntad hace al santo

Podríamos preguntarnos: “¿Y si fuera a encerrarme en la Cartuja?”. Pues aún allá se llevarían a ustedes mismos y el demonio los seguiría también. ¿Estarían acaso sin imaginación y sin cuerpo? Miren a san Jerónimo después de pasados veinte años en la cueva tan santa de Belén. Pues su imaginación le planta en medio de los bailes

de Roma. No es la soledad la que hace a uno santo, sino la voluntad. El demonio habita en las ermitas lo mismo que en las grandes ciudades.

Hagámonos la guerra

Entonces nos preguntamos: “¿Qué vamos a hacer, pues?”. Háganse la guerra. No digan ya: “¡Si estuviera acá o allá!”. No, porque dondequiera que vayan, ustedes mismos serían su más cruel enemigo. Ni debe perderse de vista que la paz no consiste en no padecer tentaciones, sino en no ofender a Dios.

Motivo de humillarse

¡Oh, qué miseria! ¿Qué somos, pues, nosotros, Dios mío? Hay quie-



nes andan en busca de razones para humillarse, quejándose de no dar con ninguna. ¡Humíllense, por Dios, en su propio barro, que cosa más baja y despreciable que ustedes no la hay!; no lo son ni siquiera los animales más repugnantes, los cuales no se rebajan al menos a sí mismos. ¿De veras andan en busca de motivos de humillación? ¡Pero si ahí están sus pecados y su naturaleza de pecador, que bastan y sobran para merecer eternos castigos! ¡Si los debieran arrojar de la presencia de Dios y de la asamblea de los santos!

El pecado es una lepra

Y pueden preguntar: “¿Cómo! ¿Es posible que sea para tanto?”. Ya lo creo que sí. El pecado es una lepra y los leprosos son desechados de la sociedad de los hombres.

¿Tengo relación con el mal?

¿En qué punto me encuentro respecto del mal? He aquí una cosa que debe averiguarse de un modo preciso. ¿Estoy en estado de gracia, sin pecado mortal alguno? ¿Qué pecados veniales he cometido? ¿A cuál de ellos guardo afecto? ¿No resultarán inútiles las confesiones por falta de contrición?

¡Cuidado con el pecado venial!

Alguno podría decir: “Yo no tengo más que pecados veniales y el pecado venial no mata”. Es cierto que las pequeñas llagas no matan, pero aguarden la ocasión y verán si no causan la muer-

te. Por puntuales y diligentes que fuesen en sus deberes y en la oración, si van con la conciencia cargada de culpas, estarán paralizados y no aprovecharán.

Salir de la duda

Pueden decir: “Espero que no llegará a tanto. Lo único que tengo es cierta duda”. Salgan de la duda, pongan en limpio el asunto. No hay que esperar, sino estar seguro, y la manera como sabrán la verdad es examinándose seriamente a la luz de la gracia, confesándose y viendo lo que dice el confesor.

No familiarizarse los defectos

No se toma tanto cuidado como se debiera para evitar que lleguen a familiares los defectos. En presencia de Dios uno tiene que ser siempre nuevo y no acostumbrarse a nada. Lo digo porque sé lo fácilmente que se acostumbra uno a vivir en un ambiente de santidad, y lo fácilmente que se vuelve inútil en el estado más perfecto.


Sepulcros blanqueados

¡Oh, estén alertas para no verse trocados en sepulcros blanqueados! Es más fácil parecer perfecto exteriormente, no siéndolo en lo interior, que parecer santo exteriormente, siéndolo en lo interior. Los que se aplican a lo interior, no hacen tanto caso de ciertas miserias exteriores que les quedan, las cuales permite Dios que subsistan para humillarlos. En tanto que los otros, descuidando lo interior, ponen todo su cuidado en pintarse y componerse.



Delicados con Cristo

El verdadero amor a Dios lleva a aborrecer todo aquello que le ofende.



“...el mal consiste en no ver las faltas. Los santos veían hasta los átomos y nosotros no vemos ni las montañas”.

Miren si van despojándose progresivamente de sus pecados. ¿Crecen en pureza? Pues está bien, sigan creciendo. ¿Se encuentran siempre en el mismo punto? ¡Ojo! Que las aguas estancadas se corrompen y engendran la muerte. ¿Son menos puros, pecan más fácilmente? Desgraciados de ustedes, pues tienen dormida la conciencia con sueño de muerte.

Vigilemos

Es preciso, pues, vigilar. Hay que mirar a los pecados, a sus principios, a las ocasiones de cometerlos. No ama a Dios quien no se purifica de sus pecados, cuando menos voluntarios, ni es uno piadoso ni devoto mientras no sea puro y delicado en todo lo que atañe a la conciencia.

La delicadeza

¿Saben lo que es la delicadeza? Pues es el corazón del amor. Y si no son delicados para con Dios, no tienen corazón. ¡Son máscaras, si el mero barrunto del disgusto que causan a Dios no los espanta!

No permitir ninguna ofensa

Consiste la delicadeza en no permitir nada que ofenda a Dios, en abstenerse de todo lo que tenga apariencia de pecado. La delicadeza es honra de la posición y de la vida, y se la guarda por respeto hacia Dios y para honor de su servicio. Dejarla de sentir equivale a haber uno perdido el sentimiento del honor, endureciéndose o embrute-ciéndose como esos borrachos que ex-



hiben su lamentable estado arrastrándose por las calles sin vergüenza alguna y sin que sea nadie capaz de hacérsela sentir. ¿Se tiene por hombre el tal?

Insensibilidad al pecado

¿Se han reducido a este estado? ¿No sienten sus pecados? Y si los ven, ¿se enmiendan? Pueden decir: “No, caigo siempre en los mismos, sin hacer mucho caso”. Pues entonces, ¿no estarán muertos, ya que carecen de sensibilidad? Ningún estado tan espantoso como aquél en que uno es insensible al pecado.

Reconocer las faltas

Bien sé que no podemos no pecar nunca; más el mal consiste en no ver las faltas. Los santos veían hasta los átomos y nosotros no vemos ni las montañas.

Enmendarse

¡Hace temblar lo que está usted diciendo! Alguno puede decir: “Si me paro en estos pensamientos tendré miedo”. Tanto mejor, que el temor es el comienzo de la sabiduría. ¡Cómo! conociendo sus pecados, ¿no van a hacer nada para enmendarse? ¡Si en eso consiste precisamente el mal, en estar mortalmente enfermos y en beber la iniquidad como agua!

Examinar la conciencia

Echen, por tanto, cuentas con sus conciencias. Escudriñen y vean bien sus pecados mortales y veniales. Si

van menguando, hacen como el sol, que va ocultándose entre nieblas, y por fin desaparece dejando noche, frío y muerte. Mas, ¿subieron como él hasta el mediodía?

Cristo nos mira

Deben obrar pensando que los mira Jesucristo, para así obrar más animosa y santamente y con mayor agrado. Sepan que la mirada inmediata de Jesucristo cae sobre ustedes. ¿Cómo nos atrevemos a ofenderle ante sus ojos? Porque, a la verdad, nos ve como le veríamos nosotros si cayeran los velos de las santas especies. A pesar de todo, como los viejos pecadores de la Escritura, damos las espaldas a nuestro Señor para pecar. A no ser así, no nos atreveríamos a ofenderle. Así vemos también que los judíos cubrieron su rostro adorable antes de insultarle en el Pretorio, porque su mirada los hubiera conmovido o deshecho con la fuerza del rayo.

Andar en su presencia

¡Ah! Si pensáramos lo próximo a nosotros que está Jesucristo, en el altar o en el Sagrario, y que todo lo conoce y lo ve siendo testigo ocular de cada uno de nuestros actos y que al fin del día será preciso comparecer en su presencia para dar cuenta de lo hecho, ¡qué fieles, diligentes y santos no seríamos en todas nuestras cosas! Hagan, por tanto, como Abrahán, y escuchen lo que el Señor les dice: “Anda en mi presencia y sé perfecto” (Gn 17, 1). Vayan a adorarlo que desde el Sagrario les hablará.



Pureza de corazón

**Adoremos al Señor con una vida recta
y sin dobleces buscando agradarle en todo lo que hagamos.**

Siendo puros y trabajando por aumentar y defender la pureza, practicarán todas las virtudes y serán adoradores perfectos. Si tienen conciencia pura, su servicio será también puro y digno de Dios. Tendrán vergüenza de ir a adorarle con corazón manchado y de ponerle sobre trono de barro.

Puros para interceder

¿Quién hay que se presente ante una persona respetable con traje sucio y desgarrado? Si quieren interceder por los pecadores en la adoración, deben ser puros, cumpliendo decorosamente con sus deberes. Mas si ustedes mismos son pecadores, lo que harán será insultar a un Dios tan bueno. La primera cualidad del mediador es, en efecto, ser persona grata a aquel a quien se va para interceder. ¿Querrían ustedes mostrarse al Padre como verdugos de su Hijo? ¿Cómo van a poder agradar por otros si ustedes mismos inspiran horror? No nos atrevemos a mirar a quien tiene un cáncer en la cara para que no tenga que cubrirse de vergüenza, y ustedes quisieran que nuestro Señor los mirara con complacencia, estando desfigurados por el pecado y más repugnantes que lo que pudieran estar con las mayores llagas.

¿Ofende a Dios nuestra miseria?

Dirán que Dios conoce nuestra miseria y que no se ofende por ella. En cuanto a la que nace de nuestra pobre naturaleza es mucha verdad. Dios la conoce y tiene compasión de ella; realmente somos unos pobres de Dios. No así las faltas que proceden de la voluntad, las que cometemos por indelicadeza y por preferirnos nosotros mismos a Dios; éstas Dios no las puede sufrir, sino que las aborrece; preferiría enviar un ángel para arrojarnos de su presencia como a Heliodoro cuando nos ve manchados con ellas.

Con la túnica blanca

Sean, por tanto, puros para servir con decencia a nuestro Señor: a esto hay que apuntar, pues es la primera de las condiciones, porque sin esto lo demás será en balde. En el cielo no se entra sino con la túnica blanqueada en la sangre del Cordero; si no es ella completamente blanca, hay que ir al purgatorio para acabar de blanquearla. Y nosotros servimos a nuestro Señor en el cielo de la tierra.

Un trono en el corazón

Finalmente, van a la adoración para glorificar a Dios con sus ala-



ADORADORES

banzas y obsequios, rodeando al trono eucarístico, así como los ángeles y santos cantan al pie del trono de la gloria. Díganme ahora: ¿Se imaginan poder glorificar a Dios con labios impuros? Deben levantarle con amor un trono de oro purísimo en el corazón, así como los sacerdotes le levantan tronos en el corazón de los fieles. Porque ¿creen que subiría con agrado a un trono de barro?

Realistas con uno mismo

Ante todo, es, por consiguiente, necesario trocarse en hombres puros, ya que sin esto no serán nunca servidores que puedan agradar al Señor. Para lo cual es menester que se concentren en ustedes mismos y se examinen a fondo, sin fiarse de lo que creen ser, antes dense cuenta de cómo es la realidad exactamente.

Asimilarse a Cristo en todo

Miren también si la comunión, la adoración y la vida de oración, los hacen crecer. Si no ¿es vida o agonía lo que llevan? ¿Y de dónde nace todo el mal, sino de la mala voluntad, del no querer seriamente asimilarnos la vida de Jesucristo? Lo queremos, sí, pero condicionalmente, para una cosa sí y para otra no. Penetren, pues, en ustedes mismos.



“Sean [...] puros para servir con decencia a nuestro Señor. [...] En el cielo no se entra sino con la túnica blanqueada en la sangre del Cordero”.

Recordar la Eucaristía

Cristo reside en la Eucaristía y esta presencia es más dulce, más fácilmente recordable que la presencia de la divinidad insensible e impalpable, por lo que se la olvida menos. Recuerdenla siempre y hagan de cuenta que su presencia humana con su cuerpo glorioso y resucitado los sigue a cada instante y obren siempre teniendo en cuenta su presencia.



¿Tú crees en el Hijo de Dios?

¡Tengo que hacer esa pregunta a tantos y tantas veces!

Me veo tratado por muchos de mis bautizados y hasta de mis preferidos de modo tan distinto de como debe ser tratado el Hijo de Dios, que ha lugar a que les vuelva a preguntar como a aquel cieguecito de Siloé que, después de curado, no sabía quién era el hombre aquel que le había devuelto la vista: ¿Tú crees en el Hijo de Dios?

Pero con esta gran diferencia: que el ciego del milagro podía tener motivos legítimos para no conocerme, ¡ciego de nacimiento, ignorante, obligado a mendigar su sustento, sin una mano que lo hubiera traído a Mí y sin una voz caritativa que de Mí le hubiera hablado!... ¡Pero los otros, los nacidos en familias y pueblos cristianos, los agasajados por mi Corazón, los instruidos en mi Ley, éstos... deben estar enterados de quién es el hombre aquel! ¡Y, sin embargo, ni aun como hombre me tratan!

La confesión de la boca y de la cabeza

Sí, ¡tengo tantos amigos aun no enterados de quién es el Jesús del milagro de su primera Comunión, de la serie de ellos de su seminario, del milagro de los milagros de su sacerdocio!...

Cierto que sus bocas y aun sus cabezas, me confiesan Hijo de Dios, pero ¿sus obras?, ¿sus corazones?

Estas dos cosas responden de Mí como a los fariseos respondían el ciego y sus padres.

¿Dónde está Él?, preguntaban al pri-

mero, ¿en dónde está el que te ha curado?

Respondía: No lo sé.

¿Quién abrió sus ojos?, preguntaban a los segundos. No lo sabemos.

No sabemos... En ellos no me dolía esa respuesta porque aun no me conocían. Pero, ¿en mis amigos?, ¿que tengan que decir con sus obras y con su corazón que no saben en dónde estoy ni quién soy?

La confesión de corazón y de obras

Porque si de corazón y de obras supieran en dónde Yo estoy, ¿me vería tan solo de sacerdotes en mis Sagrarios?, ¿me vería tan poco buscado por ellos en sus penas, en sus alegrías, en sus perplejidades, en sus luchas... en mis abandonos?...

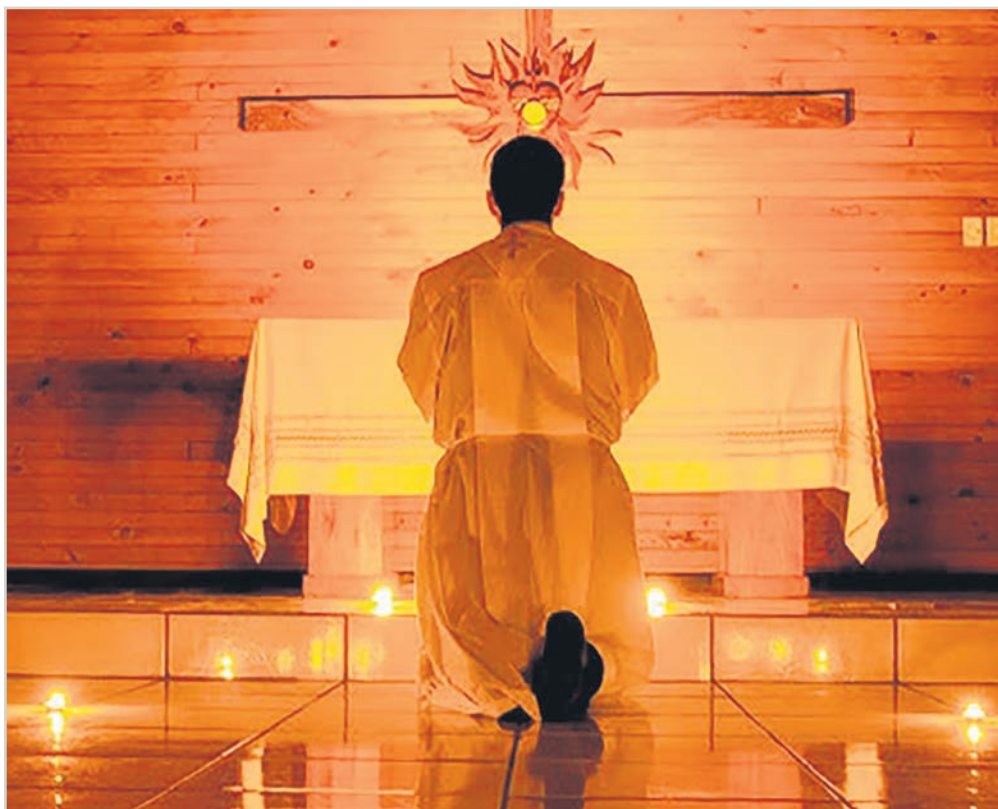
Y si de corazón y de obras supieran quién soy, ¿me vería tan poco y tan desfiguradamente predicado, tan fríamente sentido, tan injustamente preterido... de los míos?...

¡Ah!, sacerdote, que al venir a dedicarme en este Sagrario un poco de tiempo, me estás diciendo que de corazón y de obras sabes en dónde estoy y quién soy Yo, ¿no descubres una gran espina para mi Corazón en ese desconocimiento afectivo y práctico de los míos?

¿Verdad que me sobra razón para salir al encuentro de cada uno de ellos y preguntarle: Pero ¿tú crees en el Hijo de Dios? ¿Tú crees en tu Misa? ¿Tú crees en tu Sagrario?



ADORADORES



Al venir a dedicarme en este Sagrario un poco de tiempo, me estás diciendo que de corazón y de obras sabes en dónde Estoy...

Y ¿no has de creer?

¡Si mejor que nadie tú sabes que en una y en otro le has visto, el que habla contigo, ése es, lo ves y te habla El mismo!...

Y si crees, ¿por qué no terminas como el ciego del milagro, creo, Señor -dijo él- y le adoró?, ¿por qué tu fe en el Hijo de Dios no te lleva a adorarlo no sólo con tu boca y con tu cabeza, sino con tu corazón y tus obras?

¿Podría haber para tu vida pública y

privada, de hombre y de sacerdote, y para todas las manifestaciones de tu vida y de tu persona un programa más completo y más adecuado que éste: Que todo tú y todo lo tuyo sea respuesta digna al ¿tú crees en el Hijo de Dios?

Ese programa, así cumplido, quitaría a tu vida y a tu persona la dualidad que tanto escandaliza al pueblo; haría desaparecer ese doble hombre público y privado y produciría esto sólo: un sacerdote de Jesús. ¡Con costumbres, hábitos, aficiones, porte y trato de sa-



ADORADORES

cerdote! ¡Hombre de Dios, siempre y en todo sacerdote!

Una fe viva

¡Si se creyera en Mí! Pero ¡con lógica, con consecuencia, con formalidad y con constancia!

Si con esa fe se creyera en mi Sagrario, ¿quién te ha dicho que habría tanto sacerdote fluctuante en las congojas del desaliento y del pesimismo o ahogado entre las olas turbias de tentaciones y tibiezas?

Tú al menos, sacerdote, que me visitas en mi Sagrario, cree así en Mí.

Y creyendo en Mí, verás cómo tienes fe en tu ministerio, que es divino; en tu palabra, que es mía; en tu oración,

que es de la Iglesia, en tu acción que es ministerial; hasta en tu presencia, que me representa a Mí.

Y con esa fe verás qué acompañado te sientes y con qué decisión y firmeza andas sereno sobre todas las olas reales y simbólicas y hasta sobre brasas encendidas sin mojarte ni quemarte.

Sacerdote, ¡si creyeras del todo y siempre en Mí!...

¡Qué feliz vivirías, qué seguro andarías, qué claro verías, qué resueltamente saltarías por encima de todos los obstáculos, con qué paz avanzarías cogido de la mano de mi Madre Inmaculada y apoyado sobre mi pecho!

¡sacerdote, amigo mío, cree en Mí y fíate de Mí!...

San Manuel González/ Adaptación



Pero ¿tú crees en el Hijo de Dios?
¿Tú crees en tu Misa? ¿Tú crees en tu Sagrario?

Chicos Adoradores



¿Qué es adorar?

Cuando vamos al Sagrario a visitar a Jesús quien siempre nos espera, vamos a adorarlo. Es decir vamos a pasar un rato especial con Él. Hablándole de nosotros de nuestras cosas, le damos gracias por todo (por la comida por el sol) y le pedimos nos ayude en nuestras cosas y en nuestra familia. Adorar a Dios es como mostrarle muchísimo amor, como cuando quieres a tus papás y les das un abrazo grande, pero muy grande. Pero es un abrazo invisible. Sólo Él Señor lo ve, y se pone contento porque ve que lo queremos.



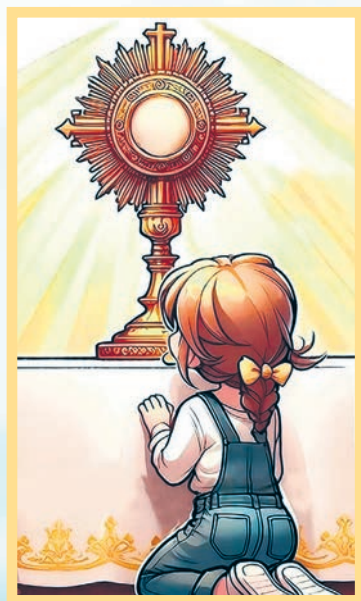
¡Fuga de palabras!



Lee en el Catecismo de la Iglesia Católica, los numerales 2096 y 2097, y coloca las palabras que se escaparon.

.- Adorar a Dios es como Dios, como y Salvador, y Dueño de lo que existe, como infinito y.....

.- Adorar a Dios es, y a sí mismo, como hace en el Magnificat, con gratitud que Él ha hechocosas y que su es





Un poco de historia sobre la adoración eucarística



En la edición anterior vimos cómo se comenzó a guardar la Eucaristía en un lugar especial, con una lamparita encendida.

Pero, sin embargo, en esa época la reserva (o sea guardar) a la Eucaristía, no tenía el propósito de rendirle culto público, como lo hacemos ahora. Sólo era reservada con el fin de que las hostias consagradas se dieran en la comunión, o para llevar a los enfermos.

Pasaron muchos años, hasta que por el 1200, la devoción a Jesús Sacramentado se va a desarrollar en todo el pueblo cristiano con nuevo impulso. ¿Qué pasó?

Bueno, te cuento que nuestro Señor, Jesús, se aparece a una monjita, que se llama santa Juliana, y que amaba mucho la Eucaristía, y le manifiesta que haya una fiesta litúrgica en honor al Santísimo Sacramento. Ella habló con el obispo de Lieja, Bélgica, y en 1246, se instituye la “Fiesta de Corpus Christi”.

¿Qué es Corpus?

Es una gran procesión con el Santísimo



Sacramento, que se lo lleva con gran solemnidad por las calles para que sea visto y adorado por todos.

A partir del siglo XIII, se va difundiendo más la devoción al Santísimo Sacramento, y pasa a ser parte de la piedad católica común.

Y desde el siglo XIV se practica la exposición solemne y la bendición con el Santísimo.



Para pensar y responder

- ¿Después de leer la página anterior, ¿qué es adorar?
- ¿Qué recuerdas sobre la historia de la adoración eucarística?
- ¿Fuiste a alguna procesión de Corpus? ¿Cuándo?
- ¿Conoces la custodia de tu iglesia? ¿Cómo es?

Los Reyes Magos, fueron a adorarlo



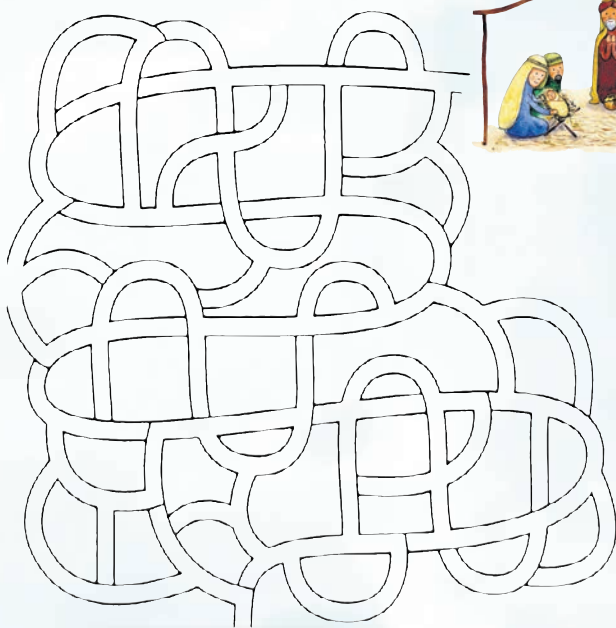
Este seis de enero se celebra la Fiesta de la Epifanía, que es la llegada de los Reyes Magos. ¿Quieres saber de qué se trata?

Sabías que, cuando **Desde tierras lejanas**

nació Jesús, unos Magos del Oriente, guiados por una estrella llegaron hasta Belén, buscando al Niño Jesús.

Al encontrarlo junto a su mamá María, se llenaron de alegría. Entonces se arrodillaron y lo adoraron, porque sabía que era el Hijo de Dios. Después le entregaron sus regalos: oro, incienso y mirra. Luego regresaron a su casa.

Recuerda: sólo a Dios se adora.



Ayuda a los Magos de Oriente a encontrar al Niño Jesús para adorarlo.

¿Qué regalos puedo ofrecer al Niño Jesús?

- .- Si ya hicimos la Primera Comuni3n, una buena Confesi3n Sacramental, es lo primero y el mejor de los regalos.
- .- Portarnos bien y ser obedientes con mamá y papá.
- .- Visitarlo en el Sagrario, de rodillas, adorarlo, hablar con Él.

